

## Una visión desmitificadora y crítica de la globalización

Emèrit Bono

J. E. Stiglitz, Premio Nobel de Economía 2001, profesor de la Universidad de Columbia, es conocido por sus libros sobre microeconomía y el papel del gobierno en la economía moderna, así como por sus artículos en las revistas más prestigiosas, donde analiza la situación económica mundial. Además ha desarrollado una actividad intensa como economista profesional, que le llevó a formar parte del Comité asesor de Bill Clinton y a la vicepresidencia del Banco Mundial, todo lo cual le ha proporcionado unas condiciones únicas, una «posición» envidiable, desde la que poder llevar a cabo con precisión y rigor un análisis comparativo de la política económica de la última década del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y otros organismos internacionales. Y ello es lo que realiza en este su-gerente, polémico y extraordinario libro.

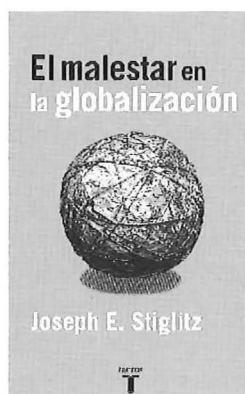
El enfoque con que Stiglitz realiza su tarea podríamos resumirlo como desmitificador y desinhibido. Desmitificador porque somete las teorías más establecidas por la economía convencional (aún hoy), a una contrastación empírica que matiza, si no cambia, el alcance explicativo de las mismas. Así, por ejemplo, si nos referimos a los premios Nobel Arthur Lewis y Simon Kuznets, estos aseveraron que la desigualdad era buena para el desarrollo y el crecimiento económico, porque los ricos ahorran más que los pobres y la clave del crecimiento era la acumulación de capital (Lewis), aunque Kuznets matizó que, si bien en los estadios iniciales del desarrollo la desigualdad aumentaba, esta tendencia se revertía después. Pues bien, según Stiglitz, la práctica de los últimos cincuenta años no ha confirmado esas ideas. Los países del Es-

te asiático –Corea del Sur, China, Taiwán, Japón– probaron que unos ahorros elevados no exigían una abultada desigualdad y que un crecimiento rápido podía ser alcanzado sin un incremento sustancial en la desigualdad. Es más, «como los Gobiernos no creyeron que el crecimiento beneficiaría automáticamente a los pobres, y sí que una mayor igualdad promovería de hecho el crecimiento, los Gobiernos de la región adoptaron medidas activas para asegurar que la marea alta del crecimiento reflotara a todos los barcos, que se redujeran las desigualdades salariales y que se extendieran algunas oportunidades educativas a todos los ciudadanos» (pp.109 y ss).

La mejor muestra del carácter desinhibido de este alto funcionario internacional la tenemos cuando, citando la famosa frase del presidente de la General Motors y Secretario de Defensa, Charles E. Wilson: «lo que es bueno para la General Motors, es bueno para el país», indica Stiglitz que el FMI a menudo parece favorecer una visión análoga al insinuar que «lo que la comunidad financiera opina que es bueno

para la economía global es realmente bueno para la economía global y debe ser puesto en práctica» (p. 247). Esto que es verdad en algunos casos, en otros muchos no lo es. Y es que la ideología del fundamentalismo del mercado «empeña la claridad del pensamiento sobre cómo abordar mejor los males de la economía» (p. 248).

Estos dos ejemplos muestran el perfil con que Stiglitz se mueve a lo largo y ancho de este interesante y sugestivo libro. Intentaremos dar unas pinceladas sobre su contenido abordando su concepción de la globalización, las transformaciones de los organismos internacionales, especialmente el FMI (guiado por el consenso de Washington) con observaciones puntuales sobre la crisis asiática, Rusia y, por último, analizaremos la propuesta de Stiglitz de una nueva ordenación de los objetivos de política económica de los organismos internacionales en el camino del futuro.



Joseph Stiglitz

*El malestar en la globalización*  
Taurus, Madrid, 2002, 314 pp.

### **De la globalización y las organizaciones que la gobiernan: FMI, BM y la OMC**

El concepto de Stiglitz sobre la globalización es bastante convencional y pragmático. Dice, «fundamentalmente, es la integración más estrecha de los países y los pueblos del mundo, producida por la enorme reducción de los costes del transporte y comunicación, y el dismantelamiento de las barreras artificiales a los flujos de bienes, servicios, capitales, conocimientos y, en menor medida, personas a través de las fronteras. La globalización ha sido acompañada por la creación de nuevas instituciones; en el campo de la sociedad civil internacional hay nuevos grupos como el Movimiento Jubileo, que pide reducción de la deuda para los países más pobres, junto a organizaciones como la Cruz Roja Internacional. La globalización es enérgicamente impulsada por corporaciones internacionales que no sólo mueven el capital y los bienes a través de las fronteras, sino también la tecnología» (p. 34). Evidentemente la globalización ha dado un nuevo impulso a organizaciones intergubernamentales como la ONU, la OIT y la OMS.

Dos instituciones principales, el FMI y el BM, que gobiernan la globalización –junto a la OMC– son el objeto de preocupación de este libro. Recordemos que el FMI y el BM se originaron en la Segunda Guerra Mundial como resultado de la Conferencia Monetaria y Financiera de las Naciones Unidas de Bretton Woods, en julio de 1944, y fueron parte del esfuerzo concertado para reconstruir Europa tras la devastación de la guerra y para salvar al mundo de depresiones económicas futuras –Keynes jugó un papel crucial en la creación de estos organismos–. El verdadero nombre del Banco Mundial –Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo– refleja su misión original; la última parte, *Desarrollo*, fue añadida más tarde para colaborar con los magros esfuerzos para el desarrollo de las antiguas colonias –el grueso de los países subdesarrollados– que podrían o deberían ser responsabilidad de sus amos europeos.

La más ardua tarea de asegurar la estabilidad económica global e impedir una nueva depresión global fue confiada al FMI; organismo este que, por cierto, es una institución pública, establecido con dinero de los contribuyentes de todo el mundo, no dando cuenta directamente ni a los ciudadanos que lo pagan ni a aquellos a cuyas vidas afecta.

Sin embargo, el FMI ha cambiado profundamente a lo largo del tiempo. Fundado sobre la creencia de que los mercados funcionan muchas veces mal, ahora proclama la supremacía del mercado con gran fervor ideológico, de tal modo que, hoy, el FMI aporta dinero sólo si los países emprenden políticas como recortar los déficits y aumentar los impuestos o los tipos de interés, lo que contrae la economía. Stiglitz indica que «Keynes se revolvería en su tumba si supiese lo que ha sucedido con su criatura» (p. 37).

La valoración de la globalización que ofrece Stiglitz es prudente, pues «si los beneficios de la globalización han resultado en demasiadas ocasiones inferiores a lo que los defensores reivindicaban, el precio pagado ha sido superior, porque el medio ambiente fue destruido, los procesos políticos corrompidos y el veloz ritmo de los cambios no dejó a los países un tiempo suficiente para la adaptación cultural» (p. 33).

Es más, y como botón de muestra, los términos del intercambio –los precios que los países desarrollados y menos desarrollados consiguen por las mercancías que producen– después del último acuerdo comercial de 1995 revelan que el «efecto neto ha sido reducir los precios que algunos de los países más pobres del mundo cobran de sus productos con relación a lo que pagan por sus importaciones» (p. 32).

En esta misma dirección el último Informe sobre el Desarrollo Humano 2002 (PNUD) destaca que, en promedio, los aranceles de los países industrializados sobre productos importados de los países en desarrollo son cuatro veces superiores a los impuestos a productos importados de otros países industrializados.

### La transformación del FMI: el Consenso de Washington

Las fronteras entre el FMI y el BM en las últimas décadas se difuminan. El principio de una división del trabajo que suponía que el FMI se limitaba a las cuestiones macroeconómicas del país en cuestión –déficit presupuestario, política monetaria, inflación, déficit comercial, deuda externa– y el BM se encargaba de las cuestiones estructurales –estructura del gasto público, mercado laboral, instituciones financieras, política comercial–, quedó trastocado. «El FMI adoptó una posición imperialista: como casi cualquier problema estructural podía afectar a la evolución de la economía... creyó que prácticamente todo caía bajo su campo de acción».

Por otro lado, la inicial orientación keynesiana del FMI, que subraya los fallos del mercado y el papel del Estado en la creación de empleo, fue remplazada por la sacralización del libre mercado de los ochenta, «como parte del nuevo *Consenso de Washington* –entre el FMI, el BM y el Tesoro de EEUU sobre la política correcta para los países subdesarrollados– que marcó un enfoque distinto del desarrollo económico y la estabilización» (p. 41).

¿Cuáles son los pilares del Consenso de Washington? Sencillamente, la austeridad fiscal, la privatización y la liberalización de los mercados. Estas ideas fueron desarrolladas como respuesta a los problemas de América Latina en los años ochenta, donde los Gobiernos habían perdido todo control presupuestario y la inflación –directa o rampante– era elevada. Estas ideas que pretendían hacer frente a problemas específicos rápidamente fueron consideradas aplicables a países de todo el mundo.

Stiglitz nos muestra que estas propuestas y las políticas consiguientes no eran las apropiadas para los países en los primeros estadios de desarrollo o las primeras fases de la transición. Precisamente a lo largo del libro va desgranando la política del FMI referida al Este Asiático –Tailandia, Corea del Sur, Indonesia, Malasia y China–, Rusia y América Latina, bajo la óptica de la austeridad, los procesos de pri-

vatización y liberalización de los mercados, especialmente los financieros, de los últimos diez años. De este análisis y contrastación empírica llega a la conclusión de: «cómo la liberalización comercial *acompañada de altos tipos de intereses* es una receta prácticamente infalible para la destrucción de empleo y la creación de paro a expensas de los pobres. La liberalización del mercado financiero *no acompañada de un marco regulatorio adecuado* es una receta prácticamente infalible para la inestabilidad económica y puede llevar a que los tipos de interés más elevados hagan más difícil que los campesinos pobres puedan comprar las semillas y los fertilizantes que les permitan salir del nivel de subsistencia. La privatización, *sin políticas de competencia y vigilancia que impidan los abusos de los poderes monopólicos*, puede terminar en que los precios al consumo sean más altos y no más bajos. La austeridad fiscal, *perseguida ciegamente*, en las circunstancias equivocadas, puede producir más paro y la ruptura del contrato social» (p. 115).

### Algunas observaciones sobre la crisis asiática

Stiglitz intenta mostrar que los países que han seguido la prescripción del fundamentalismo del mercado del FMI han salido peor librados que los que no lo han hecho o, en todo caso, los que lo han aplicado más flexiblemente.

Así, Tailandia, después de cierta vacilación entre julio y octubre de 1997, siguió las indicaciones del FMI casi al pie de la letra. Tres años después del comienzo de la crisis aún estaba en recesión, con un PIB aproximadamente un 2,3% menor que el del nivel previo a la crisis. Apenas se había emprendido un escasa reestructuración empresarial, y casi el 40% de los préstamos eran incobrables.

Corea, por el contrario, no cerró bancos conforme a la receta del FMI, mantuvo bajo su tipo de cambio, no dejando que rebotara hacia arriba, recomponiendo así las reservas, evitando tener que comprar dólares para mantener el valor del won (moneda de Corea), al mismo tiempo que mantenía las exportaciones y limi-

taba las importaciones. Corea hizo caso omiso del FMI en cuanto a la reestructuración industrial. Según Stiglitz, el FMI actuaba como si supiera de la industria global del microprocesador más que las empresas que los producían, exhortándoles a eliminar rápidamente su exceso de capacidad. Esta prescripción no fue aceptada, con lo cual, a medida que la demanda de chips se recuperó, la economía hizo lo mismo. De haber seguido el consejo del FMI, la recuperación habría sido muy lenta (pp. 165-166).

Hubo países como Malasia que cuando la crisis regional derivó en una crisis global, y los mercados internacionales de capitales sufrieron una convulsión terrible, Mahathir, presidente del país, intervino en septiembre de 1998, fijando el ringgit (moneda del país) a 3,80 por dólar, bajando el tipo de interés, a la vez que decretaba que todos los ringgit *off-shore* o fuera del país fuesen repartidos antes de final de mes. El Gobierno impuso también severas restricciones a las transferencias al exterior de los capitales de los residentes de Malasia, y congeló durante 12 meses la repatriación de las inversiones exteriores de cartera.

Algunos economistas –los del Wall Street y el FMI– predijeron el desastre que iban a generar aquellos controles y advirtieron que los inversores extranjeros se quedarían fuera por miedo durante muchos años.

Por el contrario, el equipo de Stiglitz del Banco Mundial trabajó con Malasia para convertir los controles a los capitales en un impuesto a la salida para evitar que los rápidos flujos de capitales entrando o saliendo provocasen grandes perturbaciones, lo que los economistas llaman «grandes externalidades».

Lo bien cierto es que «en el plazo de un año, Malasia reestructuró sus bancos y empresas y demostró que los críticos que habían afirmado que sólo con la disciplina derivada de los mercados libres de capitales los Gobiernos se toman las cosas en serio, se habían equivocado una vez más» (p. 163).

No es ninguna casualidad –según Stiglitz– que los dos grandes países en desarrollo

que escaparon de los azotes de la crisis global –India y China– tuvieron ambos control de capitales. Mientras que los países del mundo subdesarrollado que liberalizaron sus mercados de capitales vieron caer sus rentas, India creció a un ritmo superior al 5 por ciento, y China casi al 8 por ciento.

### Rusia y las recomendaciones del FMI

En la primera mitad de la década de los noventa, Rusia estaba plenamente inserta en la reforma, en la vía de las economías en transición a una economía de mercado. Dos estrategias se enfrentaron: «la terapia de choque» y «el gradualismo». La primera defendía que si no se introducían rápidamente los mecanismos de mercado y la privatización de las empresas estatales y de servicios, creando un grupo amplio de personas interesadas en el capitalismo, podría haber una reversión al comunismo. Esta terapia era apoyada por el Tesoro de EEUU y el FMI. Por el contrario, el gradualismo defendía que la transición a una economía de mercado sería mejor manejada si el ritmo era razonable y el orden (secuencia) adecuado. Así, por ejemplo, no se podía privatizar un monopolio antes de establecer una regulación y una autoridad efectiva de la competencia, pues podría ser contraproducente ya que provocaría una mayor explotación de los consumidores. Esta posición la defendían algunos economistas rusos y algunos extranjeros –el propio Stiglitz y D.C. North, este último a la sazón asesor del Banco Mundial–.

Lo bien cierto es que, de la noche a la mañana, en 1992 la mayoría de los precios fueron liberalizados, lo que desató una inflación que liquidó los ahorros y situó la cuestión de la macroestabilidad en el primer lugar de la agenda. Todos admitían que una hiperinflación de dos dígitos por mes inviabilizaba el éxito de la transición. Había que proceder a la segunda ronda de la terapia de choque: reducción de la inflación mediante una política monetaria rígida, o sea, subiendo los tipos de interés.

Estos dos pilares, la liberalización y la estabilización, propugnados por las reformas radicales del FMI, fueron complementados con un proceso de privatizaciones a toda prisa.

Esta estrategia del FMI no funcionó. Según Stiglitz «la devastación –en términos de pérdida del PIB– fue mayor que la sufrida por Rusia en la Segunda Guerra Mundial. En el período 1940-1946 la producción industrial de la Unión Soviética cayó un 24%. En el período 1990-1999 la producción industrial cayó casi un 60% –aún más que el PIB (54%)–» (p. 189). Es más, según datos del Banco Mundial, el PIB de Rusia hoy (2000) está por debajo de los dos tercios de lo que fue en 1981.

Toda esta terapia de choque generó mayor pobreza. En 1989 apenas el 2% de los rusos estaban en la pobreza. A finales de 1998 este porcentaje había subido al 23,8%, según el estándar de 2 dólares de ingresos diarios. Y, según una encuesta del Banco Mundial, más del 40% de la población del país contaba con menos de 4 dólares diarios.

Concluyendo, «el programa de estabilización/liberalización/privatización no era, por supuesto, un programa de crecimiento. Se pretendía que estableciera las precondiciones de crecimiento. En vez de ello, sentó las bases de la decadencia. No sólo se frenó la inversión sino que se agotó el capital: los ahorros se evaporaron debido a la inflación, y se malversó la mayor parte de los fondos procedentes de la privatización y los préstamos exteriores. La privatización, junto con la apertura de los mercados de capitales, no dio pie a la creación de riqueza sino a la liquidación de activos. Era totalmente lógico. Un oligarca que acaba de utilizar su influencia política para acopiar activos por valor de miles de millones, tras pagar apenas una miseria, deseará naturalmente sacarlos fuera del país... No sorprende, pues, que miles de millones de dólares huyeran del país» (pp. 185-186).

Hoy, diez años después, la sabiduría del enfoque gradualista es finalmente reconocida. Gráficamente, Stiglitz indica que las tortugas han alcanzado a las liebres... pero a un costo social, económico y político enorme.

### **La reordenación de los objetivos de política económica en el camino al futuro**

Stiglitz asevera que la globalización actual no funciona. No funciona para muchos de los pobres de la tierra, para buena parte del medio ambiente, para la estabilidad de la economía global, para las economías en transición del comunismo a la economía de mercado. Procede llevar a cabo una serie de cambios que, a juicio del profesor de Columbia, reorienten a los organismos internacionales que gobiernan la globalización.

Según nuestro autor, «el cambio más fundamental requerido para que la globalización funcione como debiera es un cambio en la gobernanza. Esto supone, en el FMI y en el BM, un cambio en los derechos de voto, y en todas las instituciones económicas internacionales, unos cambios que garanticen que no sean sólo las voces de los ministros de Comercio las que se oigan en la OMC, ni las de los ministros de Hacienda y el Tesoro en el FMI y el BM» (p. 282). En esta materia, a los gobiernos no se los puede dejar solos.

Junto a este punto central de la reforma, Stiglitz propone toda una serie de medidas de gran interés para evitar los errores cometidos. Entre otras, propone las siguientes:

Aceptación de los peligros de la liberalización de los mercados de capitales, y de que los flujos de capital a corto plazo («dinero caliente») comportan, o pueden comportar, abultadas externalidades.

Reformas sobre quiebras y moratorias en que se reconozca la especial naturaleza de las quiebras que se derivan de perturbaciones macroeconómicas que faciliten la reestructuración y confieran una posición más sólida a la continuación de la gestión existente. Un sistema de quiebras donde el acreedor o su representante es también juez de la quiebra, jamás será aceptado como justo.

Menos recursos para las operaciones de salvamento, cosa que sería posible si se pudieran utilizar más las quiebras y moratorias como mecanismo alternativo, mediante el cual se hiciera menos necesario recurrir a los grandes rescates.

Mejorar la regulación bancaria en general para evitar que la desregulación del sector financiero y la excesiva confianza en los estándares de apalancamiento, tan nocivos por sus efectos desestabilizadores. «Se necesita una aproximación a la regulación más amplia, menos ideológica, adaptada a las circunstancias y capacidad de cada país» (p. 297).

Una mejor gestión del riesgo, que implica en los países en desarrollo aprender a manejar dichos riesgos, probablemente mediante la compra de seguros contra las fluctuaciones en los mercados internacionales de capitales. Sin la ayuda técnica y económica de los países desarrollados será difícil que los países en vías de desarrollo puedan generar un mercado de seguros de este calibre.

Debe mejorarse la respuesta a las crisis. En este punto el juicio de Stiglitz es categórico: «hay que regresar a los principios económicos básicos; más que concentrarse en la efímera psicología de los inversores, en la impredecibilidad de la confianza, el FMI debe retornar a su mandato original de proveer financiación para restaurar la demanda en los países que afrontan una recesión económica» (p. 299).

Estamos ante una obra sólida y de lectura recomendable, especialmente para aquellos a quienes preocupa la globalización y sus consecuencias. Es más, se la recomendaría encarecidamente a los antiglobalización, pues con la lectura de este libro, serio, riguroso, pueden aprender argumentos y matizaciones que les permita aquilatar con mayor precisión sus propias posiciones.

Emèrit Bono es Catedrático de Economía Aplicada de la Universitat de València.

## Memoria, poder y enseñanza de la historia

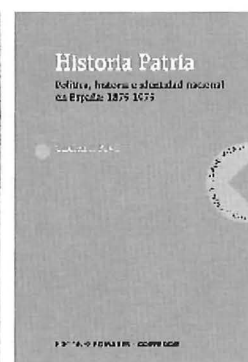
Rafael Valls

En los últimos años se están publicando diversos trabajos sobre los nacionalismos como respuesta a un problema sentido con creciente preocupación por la sociedad española actual. Pero sobre este asunto es más frecuen-



Juan Sisinio Pérez Garzón, ed.

*La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Crítica, Barcelona, 2000, 276 pp.



Carolyn P. Boyd

*Historia patria. Política, historia e identidad nacional en España, 1875-1975*, Pomares-Corredor, Barcelona, 2000, 400 pp.

te encontrar prejuicios (nacionalistas o antinacionalistas) que análisis rigurosos. Los dos libros de los que nos ocupamos en esta reseña son de los que están avalados por el rigor y la exigencia de la buena práctica investigadora.

La primera obra que comentamos es la culminación de un proyecto desarrollado en el Centro de Estudios Históricos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas sobre «Análisis de la historiografía nacionalista y regionalista contemporánea» por tres investigadores que no son precisamente unos recién llegados a este tipo de estudios: además del coordinador de la publicación, J. Sisinio Pérez Garzón, participan Eduardo Manzano, medievalista especialista en la historia de Al-Ándalus y también en el arabismo hispánico de los siglos XIX y XX, y Aurora Ri-